

**MARTA LLORENTE****Entre naturaleza y arquitectura.  
El remanso del jardín**

Acantilado, Barcelona, 2023, 432 pp.

Tapa blanda. 25 €

Idioma: español

ISBN: 978-84-19036-48-3

**EDUARDO PRIETO**

Universidad Politécnica de Madrid

eduardo.prieto@upm.es

**Memorias de Edén**

La historia es conocida pero no deja de ser por ello menos inquietante: debilitado por la enfermedad, obsesionado por el ruido, aterrado por la vida, Marcel Proust mandó sellar su habitación. Se cerraron las ventanas, se colgaron cortinas, se revistieron las paredes con tres capas de corcho, y, una vez instalado en tal aislamiento, Proust empezó a narrar alimentándose de lo que de ese mundo había quedado en su cabeza. En esta busca del tiempo perdido, las palabras de Proust describieron rostros peculiares, conversaciones ingeniosas y glosas eruditas. También evocaron habitaciones de terciopelo, ventanas con celosías, calles húmedas a veces y otras bañadas de luz, ajados campanarios góticos. Y, sobre todo, intentaron reconstruir el recuerdo de los jardines que el autor había conocido o inventado, espacios donde crecieron la hierba y las flores, donde la luz se descompuso en motas de sombra, donde fue posible sentarse a respirar aire tibio y tomar un libro en las manos, casi ajeno al mundo, como si se estuviera en una suerte de sellada habitación sin la sordidez del corcho y las contraventanas, cerrada solo merced a los poderes de la concentración y la memoria.

Al leer las páginas de *Entre naturaleza y la arquitectura*. *El remanso del jardín*, se tiene la sensación de que, más que una espléndida introducción a los jardines, a su historia, a su sentido pasado y futuro, a sus maneras diversas de darse, incluso a sus contradicciones, el libro es, en sí mismo, una especie más de jardín. Como los pequeños edenes burgueses que describe Proust (como la habitación sellada por su memoria sensitiva), el texto de Marta Llorente delimita un mundo propio y hecho menos de fuentes y flores que de palabras; un mundo que se sirve del jardín como desencadenante para sugerir la idea de que cualquier aproximación veraz a Edén debe ser personal, construirse con experiencias, con el contacto físico con los árboles y las grutas, con los caminos de grava y los setos, con el aire a medias natural y a medias cultural que emana de ellos, pero asimismo con los libros que han descrito los jardines soñados tanto o más que los jardines físicos.

Por sensibilidad y educación, Marta Llorente pertenece a la categoría de los verdaderos escritores. Es ensayista en el más noble sentido del término, que es el que le dio Maigne a sus *Essais* y consiste en presentarse una voz que, desde cierta experiencia de la vida, cierto modo de ver las cosas, cierta memoria personal, se aproxima con energía a un tema para pasarlo por el tamiz de esas inquietudes, sin renunciar por ello a la claridad. Así ha hecho Llorente con el tema de su libro, y lo que se desprende de su ensayo es tanto el esfuerzo de exponer objetivamente qué han sido y son los jardines cuanto un viaje introspectivo al interior de una autora de especial sensibilidad. Por eso, nadie debe buscar en *Entre la naturaleza y la arquitectura* una aproximación canónica a la historia de los jardines, ni ese tipo de lenguaje entre lo descriptivo y lo administrativo con que suelen manejarse hoy los profesores de universidad, ni esas tesis apodícticas que suelen esconder inseguridades. No solo porque el jardín —en rigor uno de los grandes temas humanos— sea inagotable, sino también porque tratar los jardines como meras construcciones, como una suerte de mecanismos de relojería pintoresca, obvia los sentidos profundamente sensitivos, sentimentales, memoriosos, subjetivos, culturales que sostienen cualquier jardín. Los jardines son tierra, aire y agua tanto como imagen y palabra; son naturaleza tanto como arquitectura; son lugares, pero también son un yo y un nosotros.

La parte de rigor que debe tener cualquier buen ensayo se evidencia de entrada en la sabiduría con la que la autora ha sabido disponer los ingentes materiales del jardín, que presenta de una manera temática y cronológica a través de cuatro tramos o secuencias que comparten asunto y se someten a su propio *tempo* interno de evolución.

El primer tramo de referencias da cuenta de la relación de los jardines con las casas y ciudades por medio de un proceso que tiene que ver con el crecimiento y el cambio: ligados a proyectos de poder, los jardines brotan en

torno a los palacios como utopías sostenidas en el placer y el derroche, y, conforme crecen las ciudades, acaban acentuando aún más su condición de excepciones verdes para alimentar una dialéctica fecunda entre lo natural y lo artificial, que se da a escalas muy diversas, desde el Buen Retiro de Madrid o el Parque de Montjuïc de Barcelona hasta los pequeños vergeles domésticos y microcosmos, placeres u opresivos, que evocan Kurosawa, Víctor Hugo o Calvino. En el segundo tramo, la autora viaja en el tiempo para indagar primero en los mitos fundadores del jardín y, a partir de aquí, dar cuenta de su sentido esencial de derroche placentero, estético y cultural que se consigue por medio de sofisticadas técnicas de gran alcance: movimientos ingentes de tierra, desvíos de agua, grutas artificiales, máquinas extraordinarias, parterres de geometría perfecta. Esta historia, que da cuenta de lado material y técnico del jardín, es en realidad una pequeña historia del *homo faber*; de ahí que deba completarse con el lado imaginario de las producciones humanas. Llorente lo hace de una manera personal y sutil: sirviéndose de la literatura no tanto para recoger lo que los escritores han dicho sobre los jardines, como para agavillar una apasionante conjunto de vergeles contruidos con palabras, entre los que destaca —¡hay tantas referencias!— la bellísima evocación de los cuentos de *Jardín umbrío*, de Valle Inclán.

Para cerrar el libro, la autora se desprende de la parte más complaciente del jardín —la de la historia y la literatura— para abordar la pregunta de qué debe ser un jardín hoy, cuando revisamos nuestra relación dominante con la Tierra e intentamos embridar los derroches. Llorente responde mediante la evocación de ciertos paisajes (ciertos imaginarios) que podrían seguir siendo materiales del jardín futuro (claros en el bosque, selvas profundas, rumor de olas, praderas en las montañas), siempre que se asuma que lo que hagamos con ellos tendrá una condición mestiza y de suyo problemática: no hay jardines ingenuos. Por decirlo con pocas palabras: lo que Marta Llorente nos propone con su exacta y sensible escritura (y también con ese conjunto de poéticas fotografías que sugieren, sin decirlo, tantas cosas) es acaso lo siguiente: construir, habitar jardines es buscar la naturaleza en la cultura, es encontrar cultura en la naturaleza. ¿Puede haber mayor y mejor contradicción?

[https://doi.org/10.26754/ojs\\_zarch/zarch.20252411650](https://doi.org/10.26754/ojs_zarch/zarch.20252411650)